

UNA MUJER EN LA PIEDRA

POR

CARMEN CONDE

Dentro de Amelia.

I. INVIERNO DEL RECUERDO

En este tiempo, en mi campo, empiezan a prepararse los almendros su despertar de flores. Yo hice muchas bellas fotografías de la extensa población que moraba frente a mi casa de Levante. Esta estaba en una calle orientada a la salida del sol, sin terminar de urbanizar; por lo cual había frente a mí un dilatado hueco rasgándose hacia la anchurosidad del campo, del campo mismo labrado que encerraba entre el maizal, la cebada y la huerta, al molino de enormes velas latinas. Hasta él servía de ordenado acceso una callecita de granados cuyas dos orillas orlaban las mazorcas en sus días. Pues más allá de esta tierra, pero muy cerca siempre, se estiraba la adolescencia de los almendros. En enero hace por aquellas tierras un tiempo azul y caliente, en el cual hasta el sol huele a gloria. A la redonda se extiende todo el campo llano, cercado por las montañas que lo separan del resto de la Península. Parece clara la decisión de la Naturaleza por lo que se refiere a esta parte suya: montes por detrás y montes por delante. Los unos, la separan de la tierra; los otros, del mar, dejando sólo un pequeño espacio entre dos muy altos para que las naves puedan recogerse y descansar. Los almendros, que son árboles crispados durante el breve invierno, súbitamente se cubren de botoncillos estremecidos, de los cuales se precipitan menudas rosas blancas. La tierra rojiza y mollar, el cielo puro con su sol inmachito y, en medio, la algarabía de nácar. Es tan exquisita su delicadeza que no es posible tocarla ni con el pensamiento. El viento salado, al llegar allí "abaja" su pres-tancia para que al suelo no caigan hojas de tanto precio. ¿Quién pensaría que del botón saltará un frutillo de valor fabuloso? Todo lo que no sea un pasmo de maravilla está lejos. Los almendrales son tan divinos que faltará tiempo en el mundo para elogiarlos

hasta alcanzarlos en su belleza. Frente a mi casa, ¡qué estilizada su nieve esbeltísima!

Enero allí y enero aquí. Desde que empezó, nieva. Todo el pueblo es un almendral en flor. Los árboles que arañaban el cielo seco de Castilla se perlaron; luego se cargaron de nieve que, de tanto llegar a pesar, al fin cae; fruto denso sobre el cielo elevado media vara de su nivel normal.

Grisés arremolinados, ventisca que trae de los inminentes montes henchidos de nieve turbonadas de sofocante violencia. El Monasterio, inimaginable de hermosísima luz nívea. Los tejados, alisados y vueltos a alisar de nieve copiosa, tenaz. El pueblo es todo de nieve; heladas están sus calles, y sobre los estanques helados sigue cayendo la nieve, resbalan las piedras sonando el misterioso sonar del agua helada.

¡Pinos, fresnedas, robledos de ensoñación delirante! Las figuras pardas y miserables, las bestezuelas hambrientas y errantes, el viento empujando aludes, silbando enjambres de yelos chiquitos... Sólo la piedra es noble y poderosa, pese a todos los embates.

Frente a mi casa orientada a Mediodía, unos árboles desesperados, el Monasterio, la llanura, los montes... Y en estos árboles sobregudos, que se parecen hoy que están nevados a aquellos almendros tan distantes, se despiertan rosas pardas: pájaros a centenares que nos piden el pan de Dios. ¡Remolinos de avecicas, de breves esferas de viento, que van y vienen de las ramas de almendros de nieve a nuestro balcón piadoso y enamorado suyo!

Yo pienso: se han vuelto morenas las flores del almendro. Y miro las piedras que transforman mi vida; escucho el silencio de la siembra blanca.

II. INVIERNO FUERA DE MÍ

Hace ya doce o catorce días que vino la nieve a alojarse en el pueblo. Sin conocerlo no es posible imaginárselo así habitado. En las calles pinas y antiguas hay más de un metro de espesa blancura. Todos los tejados relumbran con el ligero rayo de sol, y la nieve sigue su vuelo menudo, etéreo, que apenas es polvillo y que sin cesar eleva el nivel helado del suelo. Ventiscas raudas incorporan a la que cae vertical su oblicua aportación volatilizada. Los caminantes se hunden hasta la rodilla; los perros se revuelcan con gritos de gozo; vienen los pájaros grandes y los muy chicos a pedirnos pan desde los árboles en esquema, cuyas ramas contienen

profusa nieve. Sobre todo, "perenna" la nieve en el Monasterio. Sus pizarras grises y brillantes sueltan, de cuando en cuando, los aludes que chascan y luego estallan al llegar abajo. Caen también las campanas, y como no hay horizonte nada sabemos fuera de todo esto.

Por las calles hay veredas de nieve apisonada, color avellana, helada y resbaladiza. Llevan difícilmente al Monasterio. Las Lonjas son dos llanuras de blancor sinfín^{te} inabordable. Con lento paso seguro atravieso la de Palacio. Está lleno de nieve el portalón y el patio primero. Las viejas paredes dejan el opaco fulgor de estalactitas que resbalaron desde los tejados. El corredor que lleva a la iglesia, los patios que a él concurren, tienen gran altura de nieve. Hay el silencio que parece súbita sordera nuestra, por el que sólo andan los latidos de la sangre. Al llegar a la puerta principal de la iglesia, apenas si puedo avanzar entre la nieve. ¡El Patio de los Reyes cubierto con la más pura vegetación del cielo! Salgo hasta su centro, y las grandes figuras, cuyas cabezas veo desde mi casa, aprueban mi inmersión en la solemnidad del momento.

Está cerrado el templo y abierta una puerta a la izquierda, que traspongo sin saber adónde lleva... A muchos sitios debe de ser, no los recorro todos. Ando despacio por un anchísimo corredor que concurre, con otros más, a un salón con pinturas en el techo. Al fondo, en la sombra, cae y cae de una fuente el agua fría del encierro. Hay en este salón otro corredor adyacente, y de él son muchísimas ventanas a un patio cuadrado, con su fuente en medio. Pequeñas ramas sobrenadan de arbolillos que se engulló la nieve. Todo él está poblado de blancura, y apenas si sus muros, arcos y ventanas asoman el rostro cetrino de la piedra.

¡Qué silencio, qué secreta vida la que habrá, donde la haya, aquí! Nadie podría caminar, perderme; ir por esa escalera hecha en los muros, por esa galería gris y con verdín entre sus losas; pero ¿adónde? La vaguedad que a mi cabeza latina da la temperatura bajo cero, no impide que mi voluntad recupere la salida a la Lonja de Palacio. Nadie. Tolvaneras como brisas ciegan mis ojos y mis pasos. Un arco de piedra que une dos edificios sobre el medio punto de una callecilla da al aire su lejanía retrospectiva.

Andar, andarlo todo. No queda casi pueblo sin mis pasos. Tengo calor. Pienso, ya, en cuantos vivieron aquí antes que yo. ¿Verían así esto? ¿Sentirían la embriaguez de la nieve copiosa mirando esa fábrica de eternidad que es el Monasterio? Sin viento, sin frío no es tan hermoso. Su marco es la tempestad.

¡Qué lejos mi mar, y cuánto amo este país! Traje el alma desparramada en exaltaciones; lírica era mi voz, arrebatada. Ahora, aquí, toda me estoy transida de una intimidad que no podría desembocar en exclamaciones.

Esta asimilación de mi sentimiento estético del paisaje, ¿abre o cierra una creación?

Ahora no nieva. Sobre los montes sigue el plumizo color del cielo, pero el horizonte se ha vuelto dorado y alivia las sombras. Todas las torres, el cimborrio, las portadas severas y esas medias estatuas reales que yo veo desde mi balcón; el extenso panorama de tejados y buhardillas cegadas de nieve tienen deslumbradora luz.

¡Cómo estarán los cuatro estanques del Jardín de los Evangelistas! Y el estanque de la Huerta de los Frailes, ese al que vuelca un ala el edificio soberano para hacer ángulo diedro con la realidad...

¡Qué fragancia de ningún olor en el aire de la Herrería! Y arrecia la caliente claridad tras el Monasterio, acercándose a Madrid, mientras un airecico levanta a los pájaros que se arrebujaaron en mi balcón.

Sí, amo este mundo. Cada una de las ventanas del Monasterio es para mi imaginación estancia abrigada, humilde, pero buena para mi vida.

¡Qué bien entona el verde de sus maderas con el tostado de la piedra! Arriba, el gris apretado de las pizarras. Abajo, el blanco en lo blanco de la nevada continua.

Pienso que si viviera yo en una de las estancias de aquellas ventanas no vería el Monasterio. Prefiero vivir aquí, donde gozo de su figura.

¡Toda la llanura helada; apenas asoman las grandes malezas, y mediados se ven los pinos!

Y no deseo el mar. Bate allá dentro de mí como una caracola recordada. Quiero esta liturgia telúrica, quiero este silencio, este abandono, esta distancia que agranda la nieve, del mundo.

Vivir aquí no es estar en el mundo. Es andar en sueños. ¿Cuánto no habré yo soñado la nieve, la isla, el silencio, no tener prisa, poder mirar enfrente un paisaje trascendental?

El cielo recobra su color. Azules súbitos prorrumpen. A la noche, con la luna, desvariaremos amantes El Escorial y yo.

El Jardín con su geométrica perfección. Desde fuera, apoyándose en la tapia que limita su mundo con el de la plazuela donde se abre la universidad agustina, el Monasterio crece en el estanque que provee a la rica huerta. Arriba de todo, el edificio; a su costado de Mediodía, el Jardín; a los pies de éste, la huerta. Categorías. Y como una gran zona divina e intermedia, el agua. Náufrago glorioso que suma vuelos de cigüeñas a la suavidad de los nadadores del estanque, el Monasterio alinea parte de sus tres mil ventanas en un crucero de fe pétrea. Dentro del Jardín, sentarse en uno de los bancos, junto a la borda que es el muro; o al resguardo del boj oloroso y húmedo.

Discurren paseantes; casi todos son enfermos que abrigan la esperanza de reponerse en el clima frío y tonificante. Otros, los más, son extranjeros que pasan breves horas dedicadas al conocimiento, a veces a la admiración, del Sitio. Algunos hay que, como Amelia, vinieron a descansar y a dialogar con el silencio que se le hizo dentro.

Un ángulo recto forman las tapias que limitan el Jardín trazado a Oriente y a Mediodía. Dos planos de las alturas y distancias consideradas desde el Jardín, y de las fuentes y lugares de excursión, campean en el ángulo de la borda. El Mediterráneo, a 1.029 metros por debajo. Madrid, a cincuenta kilómetros, enseña con limpieza sus grupos de edificios que al atardecer suelen mostrarse rosados...

—Yo no comprendo estarse quieto en una habitación. Hay que andar. Hay que hacer músculo.

—Efectivamente. Sin embargo, ella prefiere no moverse.

—Pues es una gran equivocación.

—¡Naturalmente!

Sigue el grupo de paseantes. Son una mujer aún joven, con abrigo suelto azul marino y zapatos deportivos. La acompañan dos jóvenes, muchacha y muchacho, entecos y grises.

Sentada sobre la tapia de Mediodía hay una señora gruesa y charlatana. Tiene un auditorio de solteronas francamente aburridas, a las cuales exhorta:

—Se está pero que muy bien. Yo pago veinte pesetas diarias y tomo tres platos en cada comida, uno de ellos de carne; postre y dulce casi siempre. La ropa es limpiísima; el trato, amable...

—A nosotras no nos va tan bien, ¿cuál es su pensión?

—Pues...

El límite oriental del Jardín está atravesado por un muro que tiene dos hornacinas; en una de ellas se sienta una lindísima jovencita rubia, con gafas oscuras, pañuelo de seda a la cabeza... Se defiende del sol. Su madre, en un banco próximo, hace punto mientras conversa con un oficialito palidísimo, muy pulcro, que a quien dirige sus palabras es a la doncella, distraída o buena simuladora. Cerca anda el viejo, vetusto guardián del Jardín.

—Hoy hace un sol hermosísimo. Falta hacía, porque el invierno ha sido crudo.

Sentado en el pretil sobre la huerta, rozando un suntuoso magnolio, hay un mocetón imponente: cuidadoso, guapo, pretencioso... Se calza con botas claras de montaña, de grandes clavos, y viste de gris. No lleva sombrero nunca. Lee, o mira, dejándose mirar con desgano. Una Fräulein con los niñitos de la Embajada habla con un señorete que practica el germano. En la Herrería, los toros recortan sus figuras contra el cielo nuboso y ligero.

Es un navío. La llanura lo tiene anclado. ¡Pero esta terraza del Jardín es un navío! Suena la una en el invisible reloj del Monasterio.

—¡Hay que irse, voy a cerrar!—grita el guarda viejo y derrotado—. ¡Voy a cerrar!

Por el Jardín avanza una esbelta figura decidida. No atiende al guarda, porque ni le oye. Sigue con prisa por llegar al pretil de Oriente. La respaldan, o la siguen, los pinos de la Horizontal. A su izquierda corren las 296 ventanas, en algunas de las cuales hay jaulitas de pájaros, macetas con jeráneos, mientras que de otras cercanas a la Galería de Convalecientes salen acentos velados, pero vehementísimos, de armonium y violonchelos...

Imprevistas palomas descuellan su blancor en el aire.

A la derecha de la que camina resuelta, avanza también la huerta con sus frutales rosados por las flores que los calientan. Va sola esta mujer, y parece que la acompaña el mundo. No saluda a nadie, pero todos los que se iban se detienen como si respetaran su paso.

Amelia piensa: “Llega tarde, no podrá quedarse ya”, y se dirige a los arcos de la puerta lejana.

La desconocida sonríe, parpadeando. Mira el libro que Amelia lleva en la mano izquierda. Las cigüeñas pasan en vuelo tendido, muy cerca de ellas, mientras los hijuelos picotean estruendosamente el viento.

—Espere usted Amelia. ¿Verdad que sí es Amelia? Por otra parte, ese libro que lleva es de mi casa...

—¡Paloma! ¡Ha llegado usted ya, Paloma!

El guarda suena sus llaves, indeciso.

—Es que es la hora de cerrar...—se excusa.

Y ellas salen entonces calladas, despacio, como dos seres que se recuperaran después de mucho andar perdidos, el uno del otro, por el mundo. Paloma corta una ramito de boj, lo huele, se lo prende en el pecho. Amelia sonríe, aunque está pálida y no es muy firme su andar.

—Es la una solamente. En casa se come a las dos. ¿Seguimos paseando?—pregunta.

—Sí; vamos a la Casita de Arriba.

Una yunta de bueyes se cruza con ellas. Juegan los colegiales a la puerta de la Herrería, bajo la mirada de un joven agustino. Los albañiles comen sobre el campo, con sus mujeres. La carretera del rey está lisa, perfectamente asfaltada, pero sin coches que la sigan. Por los huecos de la tapia rota se ve a las vacas, a las inocentes terneras, a las yeguas recién nacidas, en la Herrería. El verde está esponjado, los arroyos deliran por recorrerlo todo.

Un mediodía ancho llena los montes y navega la llanura.

Carmen Conde.
El Escorial, 1941.